FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU D' ESTUDIS D'ÀSIA ORIENTAL

TREBALL DE FI DE GRAU
Curs 2025-2026

El internamiento de japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial: xenofobia institucional, impacto psicológico e identitario y resiliencia

Lucía Pascual Ortiz
1634862

TUTORA
MARIA ANTÒNIA MARTÍ ESCAYOL

Barcelona, 31 de maig de 2026

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Dades del TFG

Títol: L'internament de japonesos americans durant la Segona Guerra Mundial: xenofòbia institucional, impacte psicològic i identitari i resiliència.
Autora: Lucía Pascual Ortiz
Tutora: Maria Antònia Martí Escayol
Centre: Universitat Autònoma de Barcelona
Estudis: Estudis d'Àsia Oriental
Curs acadèmic: 2025-2026
Paraules clau: Japonesos americans, camps d'internament, xenofòbia institucional, Segona Guerra, impacte psicològic, identitat ètnica, reivindicació de drets civils
Resum: L'experiència xenòfoba de la comunitat japonesa americana durant la Segona Guerra Mundial es va intensificar amb la promulgació de l' «Ordre Executiva 9066» en 1942, que va obligar a més de 120.000 persones d'ascendència japonesa a abandonar les seves llars i establir-se en camps d'internament, sota la justificació governamental de «necessitat militar». Dins de la diversitat de camps, els residents sofrien diferents nivells de discriminació i es creaven jerarquies, desenvolupant a vegades xocs generacionals entre els japonesos de primera generació (*issei*) i els de segona generació o nascuts als Estats Units (*nisei*). Després del tancament dels centres en 1945, els japonesos van haver de restablir les seves vides en un país en el qual encara persistia la xenofòbia. Amb el desig d'una vida millor, els residents japonesos van decidir no compartir la seva experiència durant dècades, deixant profundes conseqüències psicològiques, socials i identitàries intergeneracionals. A partir del moviment asiàtic de la dècada de 1960, es va veure un augment de consciència social que va impulsar als japonesos americans a reivindicar els seus drets civils. Aquest procés va culminar en el *Redress Movement,* que va aconseguir el reconeixement oficial de l'internament i les reparacions econòmiques.

Título: El internamiento de japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial: xenofobia institucional, impacto psicológico e identitario y resiliencia.
Autora: Lucía Pascual Ortiz
Tutora: Maria Antònia Martí Escayol
Centro: Universitat Autònoma de Barcelona

Estudios: Estudios de Asia Oriental
Curso académico: 2025-2026
Palabras clave: Japoneses americanos, campos de internamiento, xenofobia institucional, Segunda Guerra Mundial, impacto psicológico, identidad étnica, reivindicación de derechos civiles
Resumen: La experiencia xenófoba de la comunidad japonesa americana durante la Segunda Guerra Mundial se intensificó con la promulgación de la «Orden Ejecutiva 9066» en 1942, que obligó a más de 120.000 personas de ascendencia japonesa a abandonar sus hogares y establecerse en campos de internamiento, bajo la justificación gubernamental de «necesidad militar». Dentro de la diversidad de campos, los residentes sufrían distintos niveles de discriminación y se creaban jerarquías, desarrollando en ocasiones choques generacionales entre los japoneses de primera generación (*issei)* y los de segunda generación o nacidos en EE. UU. (*nisei).* Tras el cierre de los centros en 1945, los japoneses tuvieron que restablecer sus vidas en un país en el que todavía persistía la xenofobia. Con el deseo de una vida mejor, los residentes japoneses decidieron no compartir su experiencia durante décadas, dejando profundas consecuencias psicológicas, sociales e identitarias intergeneracionales. A partir del movimiento asiático de la década de 1960, se vio un aumento de conciencia social que impulsó a los japoneses americanos a reivindicar sus derechos civiles. Este proceso culminó en el *Redress Movement,* que logró el reconocimiento oficial del internamiento y las reparaciones económicas.

Title: The internment of Japanese Americans during World War II: institutional xenophobia, psychological and identity-related impacts, and resilience.
Author: Lucía Pascual Ortiz
Supervisor: Maria Antònia Martí Escayol
Institution: Universitat Autònoma de Barcelona
Degree: Bachelor's Degree in East Asian Studies
Academic year: 2025-2026
Keywords: Japanese Americans, internment camps, institutional xenophobia, World War II, psychological impact, ethnic identity, civil rights advocacy
Abstract: The Japanese American community's experience of xenophobia during World War II intensified with the enactment of "Executive Order 9066" in 1942, which forced

more than 120,000 people of Japanese descent to leave their homes and settle in internment camps, under the government's justification of "military necessity". Within the diverse camps, residents suffered different levels of discrimination, and hierarchies emerged, sometimes leading to generational clashes between first-generation Japanese (*issei*) and second-generation Japanese or U.S.-born Japanese (*nisei*). After the camps closed in 1945, Japanese Americans had to rebuild their lives in a country where xenophobia persisted. Hoping for a better life, they chose not to share their experiences for decades, leaving deep intergenerational psychological, social, and identity-related consequences. Beginning with the Asian movement of the 1960's, there was a rise in social awareness that spurred Japanese Americans to demand their civil rights. This process culminated in the "Redress Movement", which achieved official recognition of the internment and economic reparations.

Índice

1. Introducción *6*

2. Objetivos *7*

3. Metodología *8*

4. Contexto histórico *8*

4.1. Primera migración asiática a Estados Unidos: la creación de la Chinese Exclusion Act 8

4.2. Migración japonesa a Estados Unidos 10

4.3. El Gentlemen's Agreement de 1907 13

4.4. La Immigration Act de 1924 15

4.5. Campos de internamiento 16

4.6. Ola de racismo después de la Segunda Guerra Mundial 20

4.7. Movimiento asiático de la década de 1960 21

5. Consecuencias psicológicas del internamiento *22*

5.1. El trauma en el contexto del internamiento 23

5.2. Discriminación y tensiones previas a la guerra 24

5.3. El impacto psicológico durante el internamiento 25

5.4. Secuelas del internamiento 28

5.5. Resiliencia y capacidad de adaptación 31

6. Redress Movement *33*

6.1. Introducción 33

6.2. Primeros pasos del movimiento 33

6.3. Consolidación del Redress Movement 34

6.4. Days of Remembrance 36

6.5. Casos Coram Nobis 36

6.6. Civil Liberties Act of 1988 37

6.7. Impacto psicológico del Redress Movement 38

6.8. Identidad étnica y aculturación 39

7. Conclusión *41*

8. Bibliografía *43*

Figura 1. Propaganda antijaponesa de la American Federation of Labor durante la Segunda Guerra Mundial. Fuente: Naval History Command. 12

Figura 2.Poster Orden ejecutiva. Fuente: Densho Digital Repository. 17

1. Introducción

En 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, la comunidad nipona que habitaba Estados Unidos, el también llamado «país de las oportunidades», se vio humillada y obligada a renunciar a su identidad en los «Campos de internamiento». Debido a diferencias culturales y físicas y al éxito laboral y académico, la comunidad asiática se vio inundada de prejuicios que culminaron en diversas leyes xenófobas que deshumanizaban al ciudadano japonés.

A pesar de que muchos de ellos habían nacido en suelo americano y sentían plena lealtad hacia el país, veían cómo, año tras año, su propio país les decepcionaba y les daba la espalda. ¿Cómo puedes volver a confiar en un país que te ha enseñado que parte de lo que tú eres no merece la pena y que nunca serás uno de ellos? ¿Cómo confiar en tu otro país cuando te ha enseñado que tu identidad no es suficiente? ¿Cómo puedes pasar página cuando se te ha enseñado a no llamar la atención y a estar en constante alerta?

Miles de japoneses pasaron atrocidades durante décadas siendo el cenit de la situación los campos de internamiento justificados bajo la «necesidad de militar» cuando lo que verdaderamente representaban eran malas decisiones políticas y prejuiciosas. El aislamiento, las malas condiciones, la pérdida de sus tradiciones y la vigilancia constante, así como ser testigo y, muchas veces, víctima de agresiones y actos de violencia, provocaron secuelas psicológicas e identitarias no solo en las generaciones que lo vivieron, sino también en las posteriores.

Durante décadas la comunidad nipona se negó a hablar de lo sucedido, lo que provocó un vacío intergeneracional en las familias, un distanciamiento entre ellas. Lo que pasaron es parte de su identidad y negarse a hablarlo es negar su identidad.

En este sentido, el impacto de la discriminación hacia la población asiática no se limita al pasado. Tras la pandemia de la COVID-19, se registró un aumento de discursos xenófobos y actos violentos contra la comunidad asiática en EE. UU. Este movimiento de odio derivó en la creación de la organización *STOP AAPI HATE,* que compartía experiencias de odio y discriminación en las redes sociales para conseguir conciencia nacional. La culminación de estos ataques llegó en 2021 tras unos tiroteos en *spas* en Atlanta (Georgia), dirigidos por familias asiáticas. Tras este trágico episodio de violencia,

miles de manifestantes llenaron las calles de las ciudades estadounidenses en protestas que recibieron el nombre de *Stop Asian Hate.*

Asimismo, en 2018, la Corte Suprema de Estados Unidos mencionó el caso de Fred Korematsu, activista japonés americano que desafió la orden de internamiento durante la Segunda Guerra abogando sus derechos constitucionales como ciudadano estadounidense. Su mención se efectuó en mitad de una discusión sobre la orden ejecutiva del presidente Trump de seguridad nacional que prohibía o restringía los viajes desde países específicos a Estados Unidos. Los miembros de la corte coincidieron en que el caso Korematsu y el internamiento fueron de los mayores errores de la historia de Estados Unidos. Del mismo modo, en 2024 se cumplió el centenario de la aprobación de la *Immigration Act of 1924,* ley de restricción de la inmigración asiática a Estados Unidos, lo que fomentó la reflexión sobre la vulneración de los derechos civiles.

De este modo, el caso de los japoneses americanos sigue vigente y es un gran ejemplo para comprender cómo la desinformación, el miedo y los prejuicios sociales pueden «justificar» atrocidades por instituciones democráticas cuyo objetivo es proteger a la nación. A través de la investigación y la memoria histórica se manifiestan las consecuencias psicológicas, sociales e identitarias del internamiento, cuyo conocimiento puede resultar muy útil para el trato con las víctimas. Asimismo, su estudio ayuda a reconocer los mecanismos de discriminación y mitigarlos, una cuestión de vital importancia incluso en la actualidad.

2. Objetivos

El siguiente trabajo tiene como objetivo analizar el internamiento de los japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial desde una perspectiva interdisciplinar. Comenzando con el histórico para comprender cómo se originó la encarcelación, pasando por la psicológica para estudiar sus consecuencias intergeneracionales en términos de trauma, resiliencia e identidad, para finalmente desembocar en una perspectiva legislativa para explicar cómo las víctimas consiguieron el reconocimiento e indemnización del gobierno de Estados Unidos.

3. Metodología

Para la realización del siguiente trabajo se ha empleado el método de revisión bibliográfica de carácter narrativo. El estudio se basa en el análisis interdisciplinar de literatura académica especializada sobre el internamiento de los japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial tanto en el ámbito histórico como en el psicológico. De esta forma se consigue una visión global sobre el impacto del evento.

Las fuentes utilizadas incluyen monografías históricas, artículos científicos revisados por pares y capítulos de libros publicados en editoriales académicas. Se han seleccionado en base a la relevancia académica en cada ámbito de estudio.

4. Contexto histórico

4.1. Primera migración asiática a Estados Unidos: la creación de la Chinese Exclusion Act

Los primeros registros que se tienen de migración asiática a América datan del siglo XVII, cuando filipinos y chinos llegaron a las costas mexicanas (Pérez, 2012). Tras este primer encuentro con el continente americano, la población china fue migrando paulatinamente a la región de Estados Unidos, siendo el primer registro en el estado de Pensilvania en 1785 (Daniels, 2011). Sin embargo, no fue hasta el siglo XIX que la migración china al nuevo continente creció exponencialmente, llagando a alcanzar 300.000 en 30 años aproximadamente (Daniels, 2011).

Para comprender esta migración masiva (y la japonesa posterior), es necesario explicar la teoría del *push, pull* y *means.* Los historiadores utilizan esta teoría para explicar las causas de la migración. El término *pull* se utiliza para denominar las razones que llevan a la población del país de origen a salir del país. *Push* se utiliza para denominar las razones que atraen a los migrantes al país destinatario. Finalmente, *mean* hace referencia a los medios y condiciones en los que los migrantes llegan al país destinatario (Daniels, 2011).

En el caso chino, el país ya tenía un pasado migratorio por motivos comerciales a través de todo el sudeste asiático desde el siglo X. Las causas que llevaron a la población china a abandonar su tierra natal durante el siglo XIX fueron la Rebelión de Taiping (1850-

1864) y las Guerras del Opio (1839-1842; 1856-1860) y el Tratado de Nankín (1842), que dejaron a China en una crisis económica, que impulsó a su población a salir del país a encontrar una vida mejor, a causa de la incapacidad política del imperio de proteger a su población (Pérez, 2012; Zo, 1971). Por otra parte, en 1848 se descubrió una mina de oro en California, EE. UU. (Fiebre del Oro (1848-1855)), lo que atrajo a la comunidad china, mayoritariamente cantonesa y masculina, a la costa oeste del país, tras su estancia en Hawái trabajando en las plantaciones de azúcar (Pérez, 2012; Zo, 1971).

La gran mayoría de mineros que se establecieron en el país eran analfabetos traídos de forma ilegal. Debido a esto, muchos contrabandistas abusaban de ellos, tratándoles como esclavos (Pérez, 2012; Zo, 1971). Según los historiadores, la experiencia de los trabajadores chinos fue incluso peor que la de los esclavos, ya que los patrones no estaban obligados a cuidar a sus trabajadores en caso de enfermedad. Podían explotarlos como a esclavos y, solamente estaban obligados legalmente a proporcionarles el salario mínimo (Zo, 1971). Este tipo de explotación económica traía beneficios tanto para los dueños de los barcos que los traían, como para los intermediarios chinos (Daniels, 2011). No fue hasta la firma del Tratado de Burlingame (1868) que se permitió la libre migración entre los dos países (Pérez, 2012).

Inicialmente, empezaron a trabajar en las minas de oro de California, en la construcción de las vías de ferrocarril que conectaban California y Utah, en las fábricas de salmón en conserva o, incluso, en el ámbito agrícola (Daniels, 2011; Pérez, 2012). También hubo casos en los que los trabajadores ascendían a comerciantes o empresarios. El éxito económico de algunos inmigrantes chinos impulsó a otros ciudadanos chinos a emigrar a Estados Unidos (Zo, 1971).

La opinión inicial de los locales fue buena, pues los migrantes tomaban los trabajos que ellos no querían y, además, eran una mano de obra muy eficiente y barata (Zo, 1971). La población china se fue convirtiendo paulatinamente en una parte fundamental de la mano de obra californiana, pues para 1880 eran un 8% de la población del estado (Daniels, 2011).

Sin embargo, pronto esta opinión positiva cambió drásticamente debido a cinco razones. En primer lugar, el objetivo de estos migrantes era ganar el mayor número posible de dinero y regresar a su país de origen (Daniels, 2011; Zo, 1971). Además, debido a su segregación a barrios aislados donde todavía seguían practicando sus tradiciones, los

chinos eran vistos como una comunidad «no asimilable», una comunidad desleal. Por otra parte, debido a que la gran mayoría de inmigrantes que habían llegado eran hombres, la comunidad china era conocida como la «sociedad soltera», conocida por involucrarse en actividades ilegales y poco éticas como la prostitución, el contrabando y las apuestas (Daniels, 2011; Zo, 1971). Finalmente, al desarrollar una reputación de trabajadores autónomos y baratos y al no ser propensos a las huelgas, los patrones americanos preferían contratarlos en vez de a sus compatriotas. La *American Federation of Labor* (AFL) hizo creer a los trabajadores locales que la comunidad china era una amenaza laboral y cultural y difundió otros estereotipos racistas, eximiéndoles de toda característica humana (CWRIC, 1997; Zo, 1971). En este contexto, en 1869, el periódico *New York Tribune* creó el término peyorativo «Yellow Peril» (peligro amarillo) para referirse al miedo por la invasión de Estados Unidos por el ejército de algún país asiático, y que fue utilizada posteriormente por trabajadores locales (Daniels, 2011). Debido a esto, la comunidad china sufrió violencia, expropiación e, incluso, asesinato por parte de trabajadores blancos (Daniels, 2011).

De esta forma se inició el primer movimiento antiasiático que dará lugar a las primeras leyes anti migratorias apoyadas tanto por políticos y organizaciones como por civiles, y que influirá en movimientos posteriores como el japonés. Los defensores de esta causa ambicionaban la expulsión de los chinos, la prohibición de entrada al país y el rechazo a la ciudadanía americana (Daniels, 2011).

Finalmente, tras décadas de propuestas de leyes antichinas por parte del gobierno de California y del Congreso, en 1882 se aprobó la *Chinese Exclusion Act,* prohibiendo la entrada de la comunidad china al territorio americano durante 10 años con posibilidad de ampliación hasta finalmente hacerla permanente (Daniels, 2011; Zo, 1971).

4.2. Migración japonesa a Estados Unidos

La migración masiva japonesa a EE. UU. comenzó a finales del siglo XIX, durante la década de 1880. Debido a la interrupción radical de inmigrantes chinos, hubo una gran demanda de trabajadores en el territorio americano que estimuló la llegada de la población japonesa (CWRIC, 1997; Daniels, 2011). Siguiendo la teoría de *push, pull* y *means,* esto último sería el *pull* de la migración japonesa.

Al contrario de la población china, el pueblo japonés no tenía un pasado migratorio notorio, pues durante la época Edo (1603-1868), el territorio japonés cerró sus fronteras. Los historiadores afirman que la gran migración japonesa empezó durante la Restauración Meiji (1868-1912), tras la apertura y modernización forzosa del país por parte de EE. UU. (Kekki, 2022). Durante esta época, Japón se encontraba en una crisis económica que, junto al aumento demográfico y a las malas cosechas, impedía al gobierno proteger a su población. Además, debido a su política *Fukoku Kyohei (*富国強兵*,* «País rico y ejército fuerte»), el gobierno japonés incentivó a su población a emigrar para aprender nuevos conocimientos. Así que gran cantidad de campesinos, en su mayoría hombres jóvenes, dejaron sus tierras y se dirigieron a las zonas donde se necesitara mano de obra agrícola y, de esta forma, conseguir una vida mejor (Daniels, 2011).

Su primer destino fue Hawái en 1884 (CWRIC, 1997). Hawái necesitaba mano de obra para sus plantaciones de azúcar y Japón tenía una gran oferta de campesinos para satisfacerla, aunque las condiciones laborales no eran óptimas. En un principio, el reino de Hawái había contratado a trabajadores chinos; sin embargo, tras la *Chinese Exclusion Act* de 1882, la migración china disminuyó (Daniels, 2011).

En 1898, Hawái pasó a formar parte de Estados Unidos de forma definitiva. Esto hizo más fácil la migración de japoneses de Hawái a California, que seguía necesitando mano de obra para la construcción del ferrocarril. Tras la década de 1880, más de 400.000 japoneses llegaron a Hawái y la costa oeste de Estados Unidos. Al principio, fueron bienvenidos por los americanos, pues los consideraban más trabajadores y limpios que los chinos y, además, «aceptaban sueldos más humildes» (Daniels, 2011; Kekki, 2022). Aunque esto lo utilizaban para segregar a los japoneses de los chinos y que, de esta forma, no se organizaran para crear una oposición a los americanos (Kekki, 2022). Al igual que la comunidad china, en un inicio fueron contratados en la construcción del ferrocarril, en las fábricas de salmón en conserva. Pronto, los japoneses comenzaron a trabajar en otros sectores como el agrícola o el industrial (CWRIC, 1997). En 1905, empezaron a abrir sus propios negocios, por ejemplo, barberías o lavanderías, restaurantes o, incluso, pasaron de ser jornaleros a ser dueños de extensos terrenos agrícolas (Daniels, 2011; Kekki, 2022). Paulatinamente, los inmigrantes japoneses se convirtieron en mano de obra primordial en este último sector (Daniels, 2011).

Ante la disminución de migrantes chinos, los japoneses fueron el nuevo objetivo del «Peligro Amarillo» que comenzó en la década de 1890 (Daniels, 2011). Al igual que los chinos, los americanos se sentían amenazados por el éxito japonés. La *Asiatic Exclusion League* (AEL) promovió campañas racistas y difundió estereotipos negativos sobre la comunidad japonesa. Por ejemplo, la liga se inventó que el tacto de un japonés podía contaminar o que los hombres japoneses se fijaban demasiado en las mujeres blancas (Kekki, 2022). Estas campañas racistas llegaron tan lejos que la Junta Escolar de San Francisco intentó segregar, en 1905, a los niños japoneses y chinos de las escuelas (Daniels, 2011; Leonard, 1990; CWRIC, 1997). Los civiles incluso llegaban a atacar físicamente a la comunidad japonesa. Esto causó un grave rechazo en Japón e hizo que las relaciones entre los países se deterioraran.



Figura 1. Propaganda antijaponesa de la American Federation of Labor durante la Segunda Guerra Mundial. Fuente: Naval History Command.

La gran diferencia entre los migrantes chinos y japoneses fue que los segundos tenían como objetivo la estancia permanente en el nuevo continente. El gobierno japonés tenía como política principal la buena integración y trato de su población en los países destinatarios (Daniels, 2011; Kekki, 2022). Sin embargo, las causas de este compromiso no eran humanitarias, sino políticas y económicas. Uno de los objetivos del gobierno Meiji era la modernización del país y el trato igualitario de las potencias occidentales. Es por ello que, constantemente, investigaban las condiciones de los japoneses, pues para ellos los japoneses migrantes reflejaban el estatus y prestigio de su país de origen y, por ello, si sus trabajadores sufrían un trato denigrante, era sinónimo de su propia imagen (Daniels, 2011).

Por esta razón, desde el gobierno se promovía la aculturación, pues recomendaban «no llamar la atención» (Daniels, 2011). Antes de partir, el gobierno ofrecía clases para aprender inglés, cómo comportarse, cómo conseguir trabajo e, incluso, cómo contestar adecuadamente a las preguntas migratorias al llegar. Además, parte de los migrantes se convertía al cristianismo tanto antes de llegar como durante su estancia. Consideraban que la americanización se podría conseguir mediante el cristianismo (Daniels, 2011; Kekki, 2022).

Por otra parte, como forma de comunicación y protección entre el gobierno de Japón y su población en EE. UU., se crearon organizaciones de japoneses cuyos líderes eran personas poderosas e influyentes en el país, como, por ejemplo, banqueros o empresarios. Esto creaba rechazo entre la población blanca, pues consideraban que el gobierno japonés los utilizaba como espías, o como ellos lo llamaban, un «invisible government», pues el gobierno relegaba tareas importantes como la creación de visados (Daniels, 2011).

Tras décadas de propaganda racista y propuestas de restricción migratoria por parte de periódicos, políticos y ciudadanos y con la crisis financiera de 1907 de fondo, el gobierno estadounidense firmó el *Gentlemen's Agreement* junto a Japón (CWRIC, 1997).

4.3. El Gentlemen's Agreement de 1907

Al contrario que la *Chinese Exclusion Act,* el *Gentlemen's Agreement* fue un tratado bilateral. Ambos países se pusieron de acuerdo en la limitación de inmigración japonesa a EE. UU. tras un aumento de la inmigración japonesa debido a la crisis económica que

envolvió al país tras la guerra ruso-japonesa (1904-1905) (CWRIC, 1997). Japón restringió la migración hacia el país; solamente los familiares de los ya residentes en EE. UU. y las personas con educación especializada podían conseguir un visado. Mientras que Estados Unidos se comprometió al trato igualitario y la protección de los japoneses americanos, como, por ejemplo, la interrupción de la segregación de los niños japoneses en las escuelas (Daniels, 2011).

Sin embargo, los ciudadanos americanos continuaban con su discriminación. El movimiento obrero de principio del siglo XX, impulsado por la AFL junto a la organización *Asiatic Exclusion League,* creada en 1905, siguió difundiendo pensamientos antijaponeses. Debido a su disposición a trabajar largas horas por un sueldo mínimo, los trabajadores americanos afirmaban que eran una amenaza, pues eran la razón de la precarización de las condiciones laborales y de la pérdida de trabajo, añadiendo a su vez lo poco asimilables que eran (CWRIC, 1997; Daniels, 2011). La AFL pronto empezó a utilizar propaganda racista que pedía la exclusión de los japoneses. Estos mensajes llegaron hasta políticos y medios de comunicación. Además, la idea de que los japoneses eran sucios y que «nunca podrían hacer el trabajo tan bien como los blancos» y de que «Estados Unidos era un país de blancos» fueron penetrando en la mente de los ciudadanos (Daniels, 2011).

El Acuerdo de Caballeros redujo la inmigración japonesa, pero no mejoró las relaciones entre ambos países. Después de la guerra ruso-japonesa, un cambio de perspectiva comenzó a forjarse. EE. UU. empezó a ver a Japón como una posible amenaza. Esta guerra fue la primera vez que un país oriental derrotaba a una potencia occidental. Por su parte, tras el Acuerdo de Caballeros, Japón empezó a ver a EE. UU. como un país racista, pues, a pesar de no ser la comunidad inmigrante más grande del país, solamente se habían tomado medidas migratorias contra la asiática y no contra la europea (Daniels, 2011). El intento de mejorar sus relaciones y mantenerlas amistosas hizo que empeoraran.

Más tarde, en 1913, se aprobó la Ley de Terrenos Extranjeros que impedía a los japoneses ser propietarios de tierras (CWRIC, 1997). Sin embargo, al no poder comprar las tierras por no poseer la ciudadanía americana, las adquirían a nombre del hijo nacido en EE. UU., los *nisei* (二世). Además, la ley no impedía la compra de granjas, por lo que

muchos japoneses se trasladaron a ese sector. Esto enfureció enormemente a la población americana, que exigía la solución de estos vacíos legales (Daniels, 2011).

Mientras tanto, la *Japanese Exclusion League* creó su programa antijaponés que solucionaba el problema de la Ley de Terrenos Extranjeros. Su programa se basaba en los siguientes cuatro puntos:

> 1) prohibition of any transfer of land to Japanese nationals; 2) barring of any leasing of land to Japanese nationals; 3) barring of acquisition, by lease or purchase, of land by any corporation in which Japanese held a majority of the stock; and 4) prohibition of noncitizens from acting as guardians for citizens in matters of land tenure (Daniels, 2011: 145).

La proposición fue tan aclamada en California que el Congreso recomendó crear la *Inmigration Act* de 1924 (CWRIC, 1997).

4.4. La Immigration Act de 1924

La ley de inmigración de 1924, también llamada Ley Johnson-Reed, fue la ley de inmigración más restrictiva de EE. UU. hasta la fecha. Esta ley se llevó a cabo en un periodo en el que el nacionalismo americano y las ideas de eugenesia se encontraban en su máximo apogeo (Gelatt et al., 2024).

Esta idea, junto al racismo ya existente en EE. UU. hacia los inmigrantes por el miedo a la competencia laboral y al aumento de la migración proveniente del este y sur de Europa, hizo que esta ley se aprobara. Esta ley funcionaba mediante cuotas basadas en un censo de población de 1890; de esta forma no aplicaba a los inmigrantes del norte de Europa. Estas cuotas permitían solamente el 2% de inmigración de cada nacionalidad que residía en EE. UU. De este modo, el país, preocupado por la homogeneidad racial y la creación de una «raza superior», podía expulsar a todo inmigrante que «debilitara» esta nueva raza (Gelatt et al., 2024).

A pesar de que esta ley influía en la inmigración japonesa, no se desarrolló con esa intención, sino con la intención de la restricción de la inmigración en general. En el caso japonés, su cuota quedaría limitada a 100 personas por año (Daniels, 2011). Sin embargo, la ley estaba escrita de la misma forma que la Ley de Terrenos Extranjeros. De este modo, «the federal statute barred from entry as an immigrant any person who was

"ineligible to citizenship" » (Daniels, 2011: 151). Debido a esta ley, la migración japonesa a Estados Unidos quedó congelada durante casi treinta años (Daniels, 2011).

Una de las consecuencias de la prohibición total de la entrada de japoneses al país fue el deterioro de las relaciones diplomáticas entre EE. UU. y Japón (Daniels, 2011). Por su parte, esta ley estuvo vigente hasta 1965 y fue sustituida por la Ley de Inmigración y Nacionalidad basada en la reunificación familiar y en las necesidades laborales (Daniels, 2011).

4.5. Campos de internamiento

Tras el bombardeo de Pearl Harbor en diciembre de 1941, el presidente estadounidense Roosevelt firmó, en febrero de 1942, la Orden Ejecutiva 9066 que dio inicio a un programa de internamiento de ciudadanos japoneses debido a la ola de racismo y a la suposición de espionaje (CWRIC, 1997). Mientras que los ciudadanos blancos acusaban a los japoneses americanos de traición —al no saber distinguir a los japoneses de Japón y a los nacidos en EE. UU.—, muchos *nisei* expresaban su lealtad a Estados Unidos alistándose en el ejército americano (CWRIC, 1997). Esto creaba discrepancias entre los japoneses de primera generación (一世*, issei)* y los de la segunda (二世*, nisei*[1]*).* La organización *nisei* proamericana *Japanese American League Citizens League (JACL)* incluso emitió un comunicado en mayo de 1941 expresando las razones por las que se consideraban estadounidenses (Burton et al., 2002).

Sin embargo, la idea de los campos se había empezado a trazar desde 1937. El *Federal Bureau of Investigation* (FBI) fue el responsable de crear una lista de supuestas personas peligrosas e influyentes en las comunidades japonesas, italianas y alemanas para su posterior encarcelamiento (CWRIC, 1997). En el caso japonés, estas personas influyentes constituían el liderazgo de las organizaciones niponas y grupos religiosos.

[1] Los nombres de las generaciones están compuestos por el número de la generación correspondiente [一 (*ichi,* «uno»), 二 (*ni,* «dos»), 三 (*san,* «tres») y sucesivamente] y 世 (*sei,* «generación»). Para denominar a toda la diáspora japonesa se utiliza el termino 日系 (*nikkei*), formado por 日(*ni,* «Japón») y 系 (*kei,* «linaje»). Es decir, los *nikkei* son la «descendencia japonesa» o las personas de ascendencia japonesa que viven fuera de Japón.

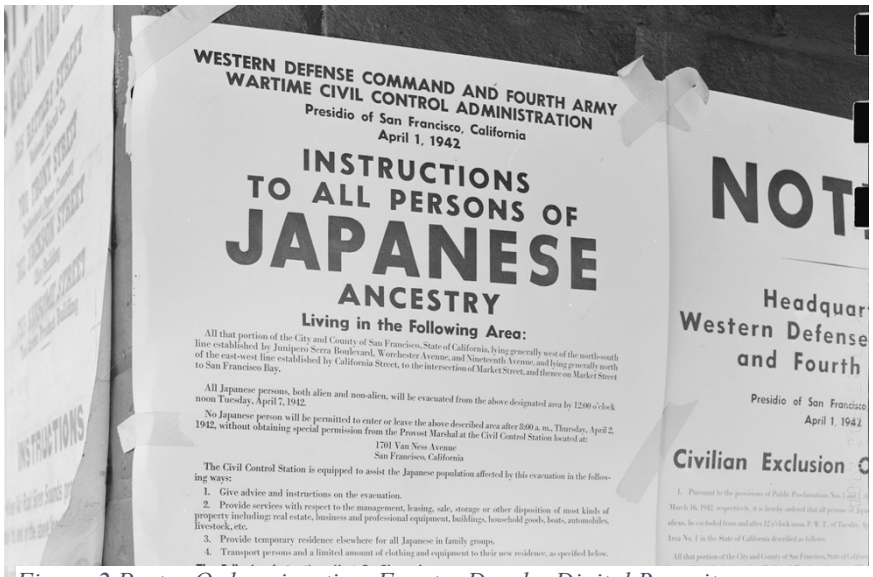
Además, todas las cuentas bancarias japonesas quedaron bloqueadas. Esto hizo que la comunidad quedara totalmente aislada e insegura (Burton et al., 2002).

Uno de los mayores defensores de la creación de los campos fue el general John L. De Witt, quien era conocido por sus comportamientos racistas hacia los americanos no caucásicos y quien argumentaba que la evacuación era una «necesidad militar» (Burton et al., 2002). A pesar de que diversos militares y políticos se oponían a esta decisión, pues iba a requerir muchos soldados y, además, iba en contra de los derechos de los japoneses americanos (Burton et al., 2002), el presidente Roosevelt autorizó la orden en 1942, pues de esta forma podrían ser «protegidos» y «vigilados de cerca» (Kekki, 2022).

En un inicio, esta medida incluía a cualquier persona de ascendencia japonesa, italiana y alemana; sin embargo, pronto se acabó rechazando la idea. Por otra parte, en un inicio solo evacuarían a los hombres mayores de 14 años; sin embargo, luego añadirían a mujeres, ancianos, bebés recién nacidos, niños, huérfanos e, incluso, a niños con ascendencia nipona adoptados por familias caucásicas (Burton et al., 2002).

Para la construcción y organización de los campos de internamiento, el gobierno creó el departamento de War Relocation Authority (WRA) en marzo de 1942 (Kekki, 2022). Antes de la orden oficial, el WRA dio la oportunidad de partir voluntariamente a los campos (CWRIC, 1997). Como forma de mostrar su lealtad, unas nueve mil personas aprovecharon la oportunidad (Burton et al., 2002).

En junio de 1942, comenzó oficialmente la evacuación de más de 110.000 personas (CWRIC, 1997; Daniels, 2011). El gobierno solamente proporcionó seis días


WESTERN DEFENSE COMMAND AND FOURTH ARMY
WARTIME CIVIL CONTROL ADMINISTRATION
Presidio of San Francisco, California
April 1, 1942

INSTRUCTIONS TO ALL PERSONS OF JAPANESE ANCESTRY

Living in the Following Area:

All that portion of the City and County of San Francisco, State of California, lying generally west of the north-south line established by Junipero Serra Boulevard, Worchester Avenue, and Nineteenth Avenue, and lying generally north of the east-west line established by California Street, to the intersection of Market Street, and thence on Market Street to San Francisco Bay.

All Japanese persons, both alien and non-alien, will be evacuated from the above designated area by 12:00 o'clock noon Tuesday, April 7, 1942.

No Japanese person will be permitted to enter or leave the above described area after 8:00 a. m., Thursday, April 2, 1942, without obtaining special permission from the Provost Marshal at the Civil Control Station located at:

1701 Van Ness Avenue
San Francisco, California

The Civil Control Station is equipped to assist the Japanese population affected by this evacuation in the following ways:

1. Give advice and instructions on the evacuation.
2. Provide services with respect to the management, leasing, sale, storage or other disposition of most kinds of property including: real estate, business and professional equipment, buildings, household goods, boats, automobiles, livestock, etc.
3. Provide temporary residence elsewhere for all Japanese in family groups.
4. Transport persons and a limited amount of clothing and equipment to their new residence, as specified below.

NOT

Headquar
Western Defense
and Fourth

Presidio of San Francisco
April 1, 1942

Civilian Exclusion

Figura 2.Poster Orden ejecutiva. Fuente: Densho Digital Repository.

para que los futuros residentes pudieran organizar todas sus pertenencias. Algunos decidieron venderlas y otros las confiaron a amigos y vecinos. Para el momento de partida, solamente podían empacar lo que pudieran llevar encima. Por su parte, el gobierno estaba dispuesto a enviar el resto de las pertenencias; sin embargo, la comunidad nipona rechazó esta proposición debido a que no sabían si se perderían (Burton et al., 2002).

Mientras que la gran mayoría asumieron su futuro, otros renegaron esta decisión, resultando en suicidios y en juicios por transgredir la ley (Burton et al., 2002). Los que acataron la orden fueron llevados a alguno de los quince *Assembly Centers* o puntos de encuentro temporales cercanos antes de ir a las zonas definitivas (CWRIC, 1997; Burton et al., 2002; Kekki, 2022). Estos centros eran instalaciones ya existentes transformadas para alojar, aunque de forma precaria, a los residentes. Ya en los puntos de encuentro, los residentes podían trabajar como cocineros, mecánicos, profesores, médicos, dependientes, policías y agricultores. Los japoneses componían el 95% de la agricultura californiana, por lo que sin ellos el estado quedaría en una escasez tanto de frutas como de verduras (CWRIC, 1997; Burton et al., 2002). La gran mayoría de lo que cultivaban era para el autoconsumo, sin embargo, otra parte se transportaba a otras partes del país. Por otra parte, a los *nisei* universitarios se les permitía salir de estas zonas para continuar con sus estudios (Burton et al., 2002; Kekki, 2022). Esta dinámica continuaría en los campos de internamiento a partir de su apertura en junio de 1942.

Existían un total de diez campos principales, situados, en su gran mayoría, en la costa oeste del país. Estaban situados en zonas aisladas con condiciones geográficas y meteorológicas precarias (CWRIC, 1997). Los barracones no se habían terminado de construir a la llegada de los japoneses, por lo que tuvieron que ayudar en su finalización. Además, estaban mal aislados para protegerse de las condiciones meteorológicas. Por su parte, los residentes tenían poca privacidad pues había familias que tenían que compartir barracón con otras (Burton et al., 2002; Kekki, 2022).

Su construcción estaba ideada para poder ser una comunidad autosuficiente, para ello contaban con hospitales, oficinas de correos, escuelas, almacenes, oficinas, fábricas y zonas residencias, además de zonas recreativas y de reuniones, todo rodeado por alambre de púas y torres de vigilancia (Burton et al., 2002). Los trabajadores y soldados

blancos vivían en barracones alejados y mejor acondicionados o en pueblos cercanos (Burton et al., 2002; Kekki, 2022).

Por otra parte, la vida comunitaria era primordial dentro del campo. El mismo WRA recomendaba a los internos llevar una vida política, es decir, escoger a un líder para que los gobierne, organice y represente (Burton et al., 2002; Kekki, 2022). A los *issei* no les estaba permitido presentarse a estas elecciones, debido a la falta de confianza en ellos y a que muchos de ellos no hablaban inglés. Esto hizo que la dinámica de poder cambiara y que las tensiones intergeneracionales crecieran (Burton et al., 2002). Asimismo, en general, la vida dentro de los campos era bastante pacífica; sin embargo, hubo casos de huelgas y manifestaciones que, en algunos casos, derivaron en violencia y tiroteos. Muchas veces la resistencia ejercida por los internos se materializaba en forma de iglesias étnicas, escuelas de idioma japonés y en sindicatos no oficiales (Burton et al., 2002).

Uno de los mayores escándalos que tuvo lugar durante el tiempo que estuvieron abiertos los centros, entre 1942 y 1945, fue el «Test de lealtad» entregado a los internos de todos los campos en 1943 y cuyo objetivo era averiguar qué internos eran leales a EE. UU. En él hubo dos puntos que fueron controversiales: la pregunta 27, en la que se pedía que respondieran si servirían en el ejército americano, y la pregunta 28, en la que querían saber si jurarían lealtad a EE. UU (CWRIC, 1997).

Estas preguntas causaron mucha confusión entre los internos y crearon más tensión entre las generaciones: los *nisei* no sabían por qué su propio país pensaría en ellos como desleales y los *issei* tenían miedo de que los deportaran. Los que respondían que sí a las preguntas eran considerados como leales y tenían más libertades e, incluso, podían salir de los centros, y los que respondían que no eran trasladados al campamento Tule Lake en California, que era el centro con el mayor porcentaje de japoneses desleales (Burton et al., 2002; Kekki, 2022).

Este cuestionario hizo ver las verdaderas intenciones de los campos: la americanización. El WRA quería probar que los japoneses americanos podían integrarse y que eran leales. La práctica de las tradiciones japonesas en los centros estaba prácticamente censurada. El uso del japonés estaba limitado y el único idioma en el que se podían celebrar las reuniones o escribir los periódicos locales era el inglés (Burton et al., 2002; Kekki, 2022). Esto llevó a una gran pérdida de identidad de los japoneses.

A partir de enero de 1945 hasta marzo de 1946, el WRA permitió a los residentes volver a sus casas. Sin embargo, este anuncio derivó en reacciones divergentes. Muchos estaban ansiosos por volver, mientras que otros tenían miedo de dejar los campos. Temían la realidad a la que se tendrían que enfrentar: la violencia y la dificultad de encontrar un nuevo hogar y trabajo (Burton et al., 2002; Kekki, 2022). El WRA solamente proporcionó 25 dólares por persona, un billete de tren y comida para el viaje para aquellos que tenían menos de 500 dólares (Burton et al., 2002).

Este evento fue tan traumático que muchos residentes se negaron a hablar sobre el tema durante años y muchos otros incluso renunciaron a su nacionalidad americana (Burton et al., 2002). No fue hasta la década de 1960 que los *sansei (三世),* la tercera generación de japoneses, lograron que las experiencias de sus familias tomaran importancia y que el presidente Reagan diera unas disculpas oficiales, una indemnización a todos los supervivientes y la creación de la Ley de derechos civiles de 1988, explicando que «la decisión de los centros fue provocada por prejuicios raciales, histeria bélica y un pésimo liderazgo político» (CWRIC, 1997).

4.6. Ola de racismo después de la Segunda Guerra Mundial

Tras el retorno de los japoneses a sus «hogares», el racismo y la hostilidad hacia ellos también se retomaron. Desde 1945 hasta finales de 1946 se dieron diversos casos vandálicos y terroristas en California en los que disparaban las casas japonesas familiares e, incluso, prendían en llamas sus pertenencias (Leonard, 1990).

A pesar de que había locales que rechazaban estos actos violentos (debido a los destrozos que había causado la guerra) y que pedían que las autoridades protegieran a la comunidad japonesa, esta protección nunca fue dada. Entre el gobierno, que estaba más pendiente de la situación de posguerra y que era incapaz de retirar las leyes discriminatorias y las organizaciones antijaponesas que recibían grandes donaciones que utilizaban para crear propaganda, los japoneses vivían en constante terror (Leonard, 1990).

La situación era tan surrealista y los japoneses estaban tan poco protegidos, tanto a nivel físico como a nivel legal, que en una ocasión un hombre blanco entró en una casa

japonesa e intentó asesinar a toda la familia que residía ahí. Sin embargo, salió impune del caso, pues el hombre utilizó «un arma pequeña» (Leonard, 1990).

Sin embargo, a partir de finales de 1946, el racismo hacia la comunidad nipona se transformó de violento a legal. Era un tipo de discriminación que no era percibida por los estadounidenses blancos, por lo que no eran conscientes del daño y sus consecuencias (Leonard, 1990).

Los políticos californianos pedían la aprobación de la *Proposition 15,* que restablecería la *Alien Land Law* y otras enmiendas en la Constitución del estado. Sin embargo, la proposición fue rechazada por alrededor de 1.1 millones de votantes. Fue la primera vez que se denegaba una ley antiasiática (Leonard, 1990).

Fue un momento muy duro para los japoneses americanos, por lo que la organización Japanese American Citizens League ganó importancia. En ella los japoneses encontraban confort y ayudas tanto económicas como psicológicas (Leonard, 1990).

4.7. Movimiento asiático de la década de 1960

Debido al proceso de descolonización de los países del «Tercer Mundo» durante las décadas de 1960 y 1970, los movimientos sociales ganaron popularidad y relevancia. Entre ellos se encuentran el «Movimiento *Black Power»,* el movimiento en contra de la guerra de Vietnam y el movimiento activista asiático (Pérez, 2012; Commission on Wartime Relocation and Internment of Civilians, 1997).

Este último tuvo mucho impacto en estudiantes de universidad, en especial de la Universidad de San Francisco. La comunidad asiático-americana se reunió en huelgas para reivindicar su identidad. Los investigadores afirman que las minorías étnicas en EE. UU. sufrieron un «colonialismo interno», un colonialismo psicológico. Muchos de ellos llegaron a odiarse a sí mismos por lo que representaban, queriendo convertirse en personas blancas a nivel psicológico, rechazando su identidad y adoptando la «americanización» (Pérez, 2012)

La opinión hacia los japoneses empezó a cambiar a partir de la publicación del artículo «Success Story, Japanese American Style», escrito por el demógrafo y sociólogo William Petersen para el *New York Times Magazine* el 6 de enero de 1966. En él, Petersen no solo elogia los logros de los japoneses americanos, sino que utiliza su experiencia para denigrar a las minorías «problemáticas» (Daniels, 2011: 318). Consideraba que su

experiencia de resiliencia y superación era el ejemplo del «sueño americano». Para ello, utiliza el término «model minority» para animar a otras minorías a seguir su ejemplo. De esta forma creaba una comparación entre las minorías y creando prejuicios hacia ellas que les perjudicarán en su vida cotidiana (Daniels, 2011). El término, además, minimizaba su trauma, haciéndolos ver como «víctimas circunstanciales» (Nagata & Takeshita, 1998). La minoría japonesa que fue humillada por décadas era elogiada por sus logros académicos y laborales. Era elogiada por sobrepasar el comportamiento americano.

Tras este cambio y tras la migración de otras comunidades asiáticas al país, los líderes de estas comunidades exigieron un mejor trato. Con las Políticas de Reconocimiento, la comunidad asiática quería «reconstruir su identidad» y que el estado reconociera más a las minorías étnicas presentes en EE. UU. tras décadas de racismo y desigualdades (Pérez, 2012).

5. Consecuencias psicológicas del internamiento

Tras décadas de silencio colectivo por parte de las víctimas, la *Commission on Wartime Relocation and Interment of Civilians (*CWRIC) realizó en 1980 un estudio evaluando las circunstancias que llevaron a la encarcelación injusta de miles de japoneses americanos. Según su análisis, no hubo ninguna necesidad militar, sino que fue el resultado de «race prejudice, war hysteria, and a failure of political leadership» (CWRIC, 1997: 18). A su vez, la ACLU lo catalogó como «the greatest deprivation of civil liberties by government in this country since slavery» (Irons, 1983, citado en Nagata, 1998: 126)

Por otro lado, a partir de la década de 1980 se iniciaron estudios, apoyados por las asociaciones de japoneses americanos, que tuvieron como objetivo la investigación de experiencias psicológicas e intergeneracionales tras el internamiento. El siguiente análisis, apoyado por los estudios mencionados, explica las causas del estrés que sufrió la comunidad nipona antes, durante y después de la exclusión, sus respectivas consecuencias psicológicas y las diferentes formas de resiliencia que tomaron para combatir la injusticia.

5.1. El trauma en el contexto del internamiento

Según Nagata et al. (2019), la población nipona que residía en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial sufrió cuatro formas de trauma. Es importante conocerlas para comprender mejor las reacciones de las víctimas. Estos son: individual, racial, histórico y cultural. Tanto el individual como el racial se desarrollaron en el momento de la encarcelación, mientras que el histórico y el cultural, después de la guerra con efecto intergeneracional.

A pesar de que el internamiento tuvo lugar a nivel colectivo, las consecuencias psicológicas surgieron a nivel personal o individual. La comunidad japonesa americana se enfrentaba a una falta de lealtad y comunicación de su propio gobierno y compatriotas y eran condenados y juzgados injustamente y sin posibilidad de defenderse. Por su parte, las organizaciones de otras minorías étnicas en EE. UU., como la comunidad negra o la judía y los grupos de libertades civiles, no se manifestaron en su ayuda (Greenberg, 1995, citado en Nagata et al., 2019). En consecuencia, desarrollaron un sentimiento de malestar para con su identidad, bienestar y seguridad en el país (Janoff-Bulman, 1992, citado en Nagata et al., 2019).

Por otro lado, el internamiento tuvo un carácter racial. A pesar de que en un inicio el general De Witt, encargado de llevar a cabo el proyecto de los campos de internamiento, quería encarcelar también a italianos y alemanes americanos; la opinión pública se oponía a cualquier otra evacuación masiva que no fuera la de los japoneses (CWRIC, 1997). Además, de los tres grupos, los japoneses eran los únicos a los que se les aplicaban las leyes racistas como la prohibición de ciudadanía, vigente hasta 1952, o la propiedad de la tierra (Daniels, 2011). Según una encuesta realizada en primavera de 1942, la mayoría de los estadounidenses caucásicos estaban a favor de la encarcelación (CWRIC, 1997). A esto se le sumó la traición de la comunidad china americana al difundir rumores sobre lo poco confiables que eran los japoneses (Wong, 2005, citado en Nagata et al., 2019). Asimismo, esta injusticia racial fue resultado de las decisiones humanas planeadas con antelación y de forma deliberada cuyos trastornos de estrés postraumático consecuentes suelen ser más graves y prolongados (American Psychiatric Association, 1987, citado en Nagata, 1998:126)

Tras el internamiento, se desarrollaron los traumas histórico y cultural que tuvieron impacto en las siguientes generaciones de japoneses americanos. Se define como

«trauma histórico» como aquel que es compartido por un grupo de personas cuyos impactos trascienden en las generaciones venideras (Mohatt et al., 2015, citado en Nagata et al., 2019). En internamiento injusto de japoneses americanos encaja perfectamente en esta definición.

Mientras que el trauma histórico se centra en las consecuencias intergeneracionales a nivel general, el trauma cultural se centra en cómo un trauma colectivo afecta en la conciencia y la identidad grupal a nivel intergeneracional (Nagata et al., 2019).

5.2. Discriminación y tensiones previas a la guerra

El estrés y la gran carga psicológica que sufrieron los japoneses americanos empezaron mucho antes de la encarcelación. La gran mayoría de estudios que se han llevado a cabo —y que también ha confirmado la CWRIC— atestiguan que el encarcelamiento se debió a motivos económicos, el ambiente bélico y a prejuicios raciales. Por su parte, Renteln (1995) también añade las ideas eugenésicas que se popularizaron durante la década de 1920. Todo esto hizo que se desarrollara el caldo de cultivo ideal para el internamiento forzoso de 120 mil personas y que el gobierno quiso justificar con necesidades bélicas y con excusas paternalistas que argumentaban que los japoneses debían aislarse por «su propio beneficio» (Renteln, 1995).

Tanto los motivos económicos como el ambiente bélico y los prejuicios ya se han explicado de manera extensa en el «Contexto histórico». Sin embargo, el enfoque de Renteln ayuda a comprender otra faceta del contexto racial del Estados Unidos de la época.

El término «eugenesia» fue creado por Sir Francis Galton en 1883, para explicar que «in order to protect the human race, defective genetic material should be removed from the world's "germ plasm"» (Renteln, 1995:627). Esta idea fue tomada por los políticos de la época, cuyo mensaje racista era que la raza «superior» debía protegerse de la «inferior». Los políticos utilizaban esta pseudociencia como herramienta política racista para crear leyes anti migratorias, anti-mestizaje e incluso una idea de ley, que no se llegó a aprobar, fue la de esterilización involuntaria (Renteln, 1995).

Estos factores hicieron que fuera incluso razonable para el presidente Roosevelt la aprobación de la *Executive Order 9066.* Además, hizo que los japoneses americanos se acostumbraran a ser perseguidos, rechazados, prejuzgados, explotados, etc. Básicamente, sentirse ciudadanos inferiores que habían sido rechazados por su país, donde no solamente perdieron sus vidas, sino también su dignidad (Renteln, 1995).

5.3. El impacto psicológico durante el internamiento

El estrés psicológico se intensificó 24 horas después del incidente de Pearl Harbor cuando el FBI arrestó a más de mil hombres *issei,* líderes de iglesias y comunidades, sin explicación alguna. Esto supuso el primer estresor familiar al que se enfrentaría la comunidad nipona debido al internamiento. Muchas familias fueron separadas; no sabían a dónde habían llevado a sus familiares ni cuándo regresarían (Nagata & Takeshita, 1998). Esta falta de información hizo que se desarrollara un sentimiento de ansiedad: no sabían quién sería el siguiente al que arrestarían. Por miedo a ser detenidos, muchas familias quemaron reliquias, fotografías y libros relacionados con Japón (Nagata & Takeshita, 1998). Asimismo, el gobierno congeló las cuentas bancarias de las familias japonesas americanas. Por otra parte, la falta de liderazgo creó miedo e inseguridad en la comunidad que, junto a los valores tradicionales de obediencia y respeto a la autoridad, hicieron que se resignaran a los mandatos del gobierno (CWRIC, 1997; Weglyn, 1976, citado en Nagata et al., 2019).

Tras el aviso de desalojo por parte del gobierno, las familias solamente tuvieron dos semanas para ordenar sus vidas y dejar sus casas (Daniels, 2011; Nagata et al., 2019). Con el poco tiempo del que disponían, muchos tuvieron que abandonar sus casas, empresas o cultivos, o malvenderlas (CWRIC, 1997; Renteln, 1995). Los días previos a la encarcelación resultaron abrumadores, pues no sabían a dónde los llevarían ni qué harían con ellos. Se han recogido casos de suicidio debido a la humillación que sintieron (Nagata et al., 2019).

Muchos pasaron por dos desplazamientos distintos. En primer lugar, los centros temporales en los que se establecieron durante aproximadamente tres meses. Estos eran establos de caballos reconvertidos para alojar a miles de personas (Daniels, 2011; Nagata & Takeshita, 1998). En segundo lugar, los campos permanentes. A la hora de

transportarlos, los metían en trenes con las persianas bajadas y guardias armados. La incertidumbre les hizo pensar que los llevaban a fusilarlos (Nagata et al., 2019).

La estancia en ambos centros fue causa de factores estresantes tanto físicos como familiares (Nagata & Takeshita, 1998). En cuanto a los factores físicos, los campamentos se encontraban en zonas climatológicas adversas donde pasaban tormentas de nieve y arena y temperaturas extremas. La falta de privacidad era común, pues en muchos casos tenían que convivir con otras familias. Además, el baño y la lavandería se convirtieron en zonas comunitarias para las que tenían que hacer cola para utilizar. Asimismo, las condiciones sanitarias eran nefastas: las instalaciones estaban mal equipadas y había escasez de personal sanitario (CWRIC, 1997). Para ilustrar, el campo de Jerome (Idaho) contaba con siete médicos para diez mil internos en otoño de 1942. En ocasiones, sucedían intoxicación alimentaria y desnutrición (Nagata & Takeshita, 1998).

En cuanto a los estresantes familiares, se encuentra la disrupción de la familia japonesa tradicional. El sistema familiar de esa época estaba basado en el concepto confuciano de *Ie* (家)[2], u «hogar», que reunía, normalmente, a tres generaciones. Además, contaba con una jerarquía basada en género, edad y lugar de origen (Kitano, 1961, citado en Arai, 2012).

El padre *issei* ya no es el proveedor ni la figura autoritaria, la madre *issei* ya no tiene que realizar las tareas del hogar. Ambos progenitores se dedican a los mismos trabajos dentro de los campos. Mientras que los hombres perdieron su estatus en la familia, las mujeres experimentaron una liberación (Matsumoto, 1984, citado en Nagata & Takeshita, 1998). Además, el gobierno de los campos se organizaba de tal forma que solamente los ciudadanos podían participar en los consejos comunitarios que se realizaban exclusivamente en inglés. Esto produjo una reversión en la jerarquía de edad de la familia tradicional y, en consecuencia, tensiones intergeneracionales (CWRIC, 1997). En este caso era el hijo *nisei*, ciudadano americano, el que tenía una posición más poderosa que el padre *issei.* Por su parte, la idea de «hogar familiar» ha desaparecido. La familia ya no tiene una casa en la que reunirse, por lo que los hijos pasan más tiempo fuera socializando al no tener una casa a la que traer a amigos (Nakano, 1990, citado en Nagata & Takashita, 1995).

[2] El kanji 家 (*ie*) contiene el radical 宀 (tejado), que hace referencia a la casa familiar.

El cuestionario de lealtad también supuso un estresante familiar e identitario (Nagata & Takashi, 1998). En general, los *nisei* respondían afirmativamente a ambas preguntas y se unían al ejército. Sin embargo, otros *nisei*, como forma de expresar su patriotismo y defender sus derechos civiles, respondían «no». Consideraban que la lealtad a EE. UU. implicaba resistirse a las órdenes de reclutamiento hasta que los japoneses fueran liberados (Nagata et al., 2019).

Por otra parte, los *issei* se encontraban en un dilema. La ley americana les imposibilitaba conseguir la ciudadanía, por lo que, si renunciaban a la lealtad al emperador, se quedarían sin nación. Sin embargo, si se negaban a ser leales a EE. UU., el gobierno lo tomaría como prueba de lealtad a Japón (Nagata et al., 2019).

Asimismo, el cuestionario se acabó convirtiendo en una decisión vital, una cuestión de prioridades, pues tenían que escoger entre su país o su familia (Nakano, 1990, citado en Nagata & Takeshita, 1998). Los internos que no juraban lealtad a EE. UU. eran enviados al campo de Tule Lake (California), por lo tanto, la familia sería separada (Nagata & Takeshita, 1998).

Este evento creó grandes tensiones intergeneracionales y familiares sobre el verdadero significado de «ser leal» que durarían hasta después de la guerra (Nagata & Takeshita, 1998).

La vida dentro de los campos creó también estresores psicológicos en los internos que les afectarían el resto de sus vidas. Dentro sufrieron agresiones psicológicas, puesto que ya no eran tratados como humanos, sino como un número. Debido a esta experiencia, muchos se sintieron como prisioneros o criminales. En consecuencia, muchos experimentaron sentimientos de humillación o se sintieron culpables de su situación, experiencia que comparten con las víctimas de abuso sexual (Hansen y Mitson, 1974, citados en Nagata & Takeshita, 1998). Según los registros, 190 japoneses fueron institucionalizados por problemas psiquiátricos y el número de suicidios se multiplicó por cuatro a diferencia de los datos de antes de la encarcelación (Jensen, 1997, citado en Nagata et al., 2019).

Sin embargo, no todas las repercusiones fueron negativas. A pesar de que uno de los objetivos de los campos era «americanizar» a los japoneses, estos acabaron teniendo el efecto contrario. El aislamiento hizo que solamente tuvieran a otros japoneses con los que interactuar. De cierta forma, los japoneses americanos se familiarizaron con sus raíces

japonesas. Una de las formas de protesta que tenían los internos era la de realizar actividades culturales japonesas dentro de los campos: clases de danza tradicional, ceremonia del té, teatro japonés o clases de lengua japonesa (Nagata & Takeshita, 1998).

Asimismo, la etapa vital en la que se encontraban los internos influyó en la experiencia y la intensidad de los sentimientos y estrés experimentados dentro de los campos (Nagata & Takeshita, 1998). Los que estaban en la adolescencia y en la veintena reportaron un sentimiento más fuerte de injusticia y preocupación. Eran los que habían tenido que interrumpir sus carreras profesionales y académicas. Los niños en ese momento tomaron la experiencia como una aventura, desconocían la situación y sus consecuencias (Nagata & Takeshita, 1998).

5.4. Secuelas del internamiento

Tras el cierre de los campos, los japoneses americanos debían reconstruir su vida anterior. El gobierno les recomendó no volver a la costa oeste donde vivían antes de la guerra. Esto trajo ansiedad a la comunidad nipona al introducirse en zonas desconocidas donde no conocían el nivel de racismo que se iban a encontrar. Los que volvían a la costa oeste se encontraban con agresiones verbales, discriminación, etc. (Loo, 1993, citado en Nagata et al., 2019). Muchos no denunciaban estos maltratos puesto que su lema vital era no llamar la atención. Cuando ya se hubieron asentado, bajo recomendación gubernamental, los japoneses americanos no vivían cerca de otros japoneses ni se juntaban con ellos (Nagata et al., 2019).

Debido a que habían perdido sus trabajos y consideraban que ya era muy tarde para ellos, los *nisei* trabajaban de empleados domésticos o peones agrícolas (Nagata et al., 2015). Los *issei* ya veían su vida perdida —sin negocios ni casas— y se resignaban a depender de sus hijos. Sentían vergüenza y humillación por haber estado encarcelados, por lo que algunos se quitaron la vida (CWRIC, 1997). Por su parte, los *nisei*, a pesar de tener barreras económicas—al no tener herencias—y barreras racistas, se enfocaron en reconstruir sus vidas y en cuidar de sus padres (Daniels, 1993, citado en Nagata et al., 2019).

Según Nagata et al. (2015), los *nisei* experimentaron dos reacciones distintas en el momento de rehacer sus vidas que afectaron a su identidad. En primer lugar, la

identificación psicológica con el agresor, es decir, un distanciamiento de todo lo relacionado con Japón (CWRIC, 1997; Mass, 1991, citado en Nagata et al., 2015). Consecuentemente, los japoneses americanos suprimían su identidad cultural japonesa e intentaban mezclarse con los estadounidenses (Ima, 1976, citado en Nagata et al., 2015). En segundo lugar, la desconfianza en la sociedad americana, es decir, preferían asociarse con otros japoneses. Según los estudios realizados posteriormente, los individuos del último caso reportaron niveles positivos más altos de afrontamiento emocional, económico y físico en respuesta al trauma (Nagata et al., 2015).

Tras el internamiento se instauró una «amnesia social», es decir, utilizaban el silencio con el objetivo de suprimir recuerdos y sentimientos desagradables (Kashima, 1980, citado en Nagata et al., 2019). Según los estudios, el silencio como forma de desapego es un síntoma común de trastorno de estrés postraumático (Arai, 2012). Un silencio prolongado puede llevar a enfermedades como trastornos psicosomáticos, úlceras pépticas, enfermedades cardiovasculares, etc. (Mass, 1976, citado en Nagata et al., 2015). En una encuesta a los sansei se reportó que el doble de padres *nisei* que habían estado internos había fallecido antes de los sesenta (Nagata et al., 2015).

Por otra parte, el silencio colectivo no solo afectó a nivel individual, sino también intergeneracional. Según Hoopes (1987) y Kramer (1985), citados en Nagata (1998: 130), «uncompleted actions of past generations may impinge on relationships within the next generation».

Los padres *nisei* no hablaban sobre su pasado en los campos para evitar sufrimiento en sus hijos s*ansei* (Nagata et al., 2019). Por su parte, los *sansei* interpretaban esa falta de comunicación como señal de que se trataba de un evento muy doloroso para hablar. Sin embargo, esto creó una brecha significativa en la historia personal y el desarrollo de identidad de los sansei y sus familias (Miyoshi, 1980; Nagata, 1993, citado en Nagata et al., 2015). Según Stone et al. (2012), citados en Nagata et al. (2019: 42) «Silence can influence identity constriction, attitude formation, decision-making, and action at both the individual and collective levels».

Según las encuestas realizadas en el *Sansei Project,* muchos crecieron escuchando a sus padres hablar de forma indirecta o críptica o como un punto de referencia (Nagata et al., 2015). Los entrevistados afirman haber mantenido aproximadamente diez conversaciones de entre quince a treinta minutos sobre los campos (Nagata et al., 2019).

Según datos del *Nisei Project,* el 12% de los *nisei* nunca habló con sus padres sobre los campos, el 50% habló aproximadamente cuatro veces y el 70% de esas veces las conversaciones duraban menos de quince minutos. También admitieron que la mayoría de las veces eran las madres las que se comunicaban con los hijos (Nagata, 1995, citado en Nagata et al., 2019).

Los estudios también reportan que los entrevistados con menores niveles de comunicación con sus padres experimentaron una mayor distancia familiar y menores reacciones positivas respecto al encarcelamiento. Mientras que los entrevistados con mayor nivel de comunicación reportaron mayor cercanía con los padres, pero también mayores niveles de ira, tristeza y angustia (Nagata, 1993, citado en Nagata et al., 2019).

Asimismo, el estresante familiar intergeneracional tuvo un impacto significativo en la forma que tenían de percibirse los *sansei.* Es decir, derivó en un estresante identitario. Desde su vuelta de los campos, los *nisei* tuvieron la necesidad de silenciarse y asimilarse, es decir, ser más «americanos». En vez de dirigir la culpa de lo sucedido hacia el gobierno, tendían a autoculparse por no ser lo suficientemente americanos. Como modo de protección, los *sansei* heredaron este comportamiento de sus padres (Nagata et al., 2015).

De modo que tanto los *nisei* como los *sansei* mitigaron su identidad japonesa y forzaron su identidad estadounidense. Muchos *sansei* afirman haberse sentido presionados por sus padres a evitar llamar la atención y probar su valor a través de los logros académicos y laborales (Nagata et al., 2015). Según un entrevistado: «(…) Our need to achieve, to prove ourselves American, our feelings of self-worth all have been influenced by the mass rejection we were subjected to» (Nagata, 1993, citado en Nagata et al., 2015:363). Un entrevistado planteó que se debía a que «(…) they can't take away what's inside your head» (Nagata, 1993, citado en Nagata et al., 2015:363). Nagata et al. (2019) comentan que los *sansei* que tuvieron padres en los campos confían menos en que sus derechos como americanos no sean violados en un futuro.

A pesar de que la supresión de la herencia japonesa hizo que dejaran de aprender la lengua y las prácticas culturales, esto no supuso la pérdida de identidad étnica (Fugita y O'Brien, 1991). Según Phinney (1990), citado en Nagata et al. (2015), la identidad étnica se adquiere al identificar diferencias culturales entre tu grupo y el dominante.

El internamiento y las consecuencias psicológicas sufridas por los *nisei* no solo afectaron negativamente a los s*ansei*, sino también positivamente. Muchos *sansei,* al sentirse apenados por la interrupción de las carreras académicas y profesionales de sus padres, intentaron recomponer el potencial y la confianza perdidos de sus padres. Algunos *sansei* estudiaron el mismo grado universitario que sus padres; otros escogieron carreras relacionadas con la justicia social, como abogados o activistas comunitarios, investigando más sobre las injusticias que sufrieron sus padres (Nagata y Takeshi, 1998). Sin embargo, cuanto más aprendían sobre el hecho, más probable era que reportaran niveles altos de sufrimiento y más bajos de positivismo (Nagata, 1990, citado en Arai, 2012).

5.5. Resiliencia y capacidad de adaptación

Se define resiliencia como «the capacity for successful adaption, positive functioning, or competence (Garmezy, 1993; Masten, Best, & Garmezy, 1990, citado en Nagata y Takeshi, 1998: 588) despite high-risk status, chronic stress, or following prolonged or severe trauma (Egeland, Carlson, & Sroufe, 1993, citado en Nagata y Takeshi, 1998: 588).

Tanto en el *Nisei Project* como en el *Sansei Project*, los entrevistados admitieron cómo sobrellevaron las injusticias de su situación tanto dentro como fuera de los campos. Uno de los métodos más mencionados fue la influencia de los valores culturales japoneses. Entre ellos se encuentran: 1) *Shikataganai* (仕方がない) («No se puede evitar») que expresa la aceptación de los hechos tal y como son (Arai, 2012; Nagata & Takeshita, 1998); 2) *Gaman* (我慢)*,* la habilidad de perseverancia en condiciones adversas; 3) *Oya Koko* (親孝行), la piedad filial; 4) *Giri* (義理), el sentimiento de obligación o deber; 5) *Enryo* (遠慮), la templanza; 6) *Haji* (恥), la vergüenza, y 6) los conceptos de obediencia, honestidad y diligencia (Nakano, 1990; Takezawa, 1995, citado en Nagata & Takeshita, 1998). Asimismo, la cultura japonesa hace énfasis en la adaptación a cualquier entorno o situación y al relativismo (Fugita & O'Brien, 1991). Gracias a esta visión pudieron identificar ciertos beneficios de su experiencia en los campos. Según los entrevistados, esta vivencia los expuso a madurar y a desarrollar habilidades que, si no fuera por los campos, no hubieran adquirido (Nagata & Takeshita, 1998).

Otra fuente de superación residía en la colectividad grupal de gran importancia en la cultura japonesa (Arai, 2012). Entre ellas se encuentran las creencias religiosas como el budismo, que anima a sus practicantes a no sentir venganza y a aceptar el destino (Nagata & Takeshita, 1998). Las comunidades religiosas no fueron tan activas como antes de la guerra; sin embargo, seguían siendo una gran fuente de apoyo para la comunidad nipona (Daniels, 2011). La unión familiar también se convirtió en un pilar fundamental. A pesar de las tensiones entre padres e hijos, la piedad filial y el compromiso familiar se mantuvieron. Otro tipo de colectividad se encontraba en las reuniones con los internos del campo que organizaban las asociaciones de japoneses americanos. En ellas se podía reconectar con antiguos amigos y compartir recuerdos. No solo fue una oportunidad para que compañeros se sintieran más cercanos, sino también parejas (Nagata & Takeshita, 1998).

En un inicio, muchos *sansei* sentían frustración o enfado por la falta de comunicación sobre su situación familiar; sin embargo, con el tiempo acabaron entendiendo su silencio, transformando esa insatisfacción en gratitud y apreciación (Arai, 2012). Los padres *nisei* se convirtieron en modelos a seguir debido a su resiliencia y a la habilidad de normalizar la vida lo máximo posible a pesar de las injusticias (Nagata & Takeshita, 1998). Según Rakoff, Sigal & Epstein, 1966, citado en Arai, 2012: 23, «A parent's success in coping and being resilient determines whether the child can be proud, ashamed, or confused about their parents». Una de las formas que tenían de normalizar la situación era a través de la rutina y el «mantenerse ocupado» con actividades extraescolares en las que hacían amistades (baile, deportes, *girl/boy scout,* arte[3], etc.). Asimismo, la educación era otra actividad importante para mantener una rutina dentro de los campos.

Finalmente, según los datos adquiridos, las reacciones emocionales difieren respecto a la época de desarrollo en la que se encuentran los entrevistados. Al crecer, sienten una mayor sensación de paz y menos sensación de indignación (Nagata & Takeshita, 1998).

[3] Estelle Ishigo, esposa de Arthur Ishigo, era una artista americana blanca que decidió acompañar a su marido al campamento de Heart Mountain (Wyoming). La WRA la contrató para que documentara la vida en el campamento a través de sus ilustraciones (Kekki, 2022: 80).

Asimismo, la rectificación gubernamental o el «Redress Movement» durante la época de 1980 actuó como una estrategia positiva de gran impacto en la superación de los japoneses americanos (Arai, 2012).

6. Redress Movement

6.1. Introducción

El «Redress Movement» fue un movimiento político de japoneses americanos que tuvo lugar desde la década de 1960 con el llamado «Movimiento asiático» y que culminó con la derogación de la *Civil Liberties Act of 1988* firmada por el presidente estadounidense Ronald Reagan el 10 de agosto del mismo año (Takezawa, 1995). El movimiento tenía por objetivo la restitución de los derechos civiles, una disculpa oficial y/o una compensación económica por parte del gobierno estadounidense debido al encarcelamiento masivo y forzoso de la comunidad nipona durante la Segunda Guerra Mundial (Densho Encyclopedia, s. f.).

6.2. Primeros pasos del movimiento

Los primeros indicios de protestas y reclamaciones por las pérdidas tanto económicas como de propiedades se dieron en la década de 1940 con la derogación de la *Japanese American Claims Act of 1948*, firmada por el presidente Truman (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995). A pesar de ser la primera vez que el gobierno estadounidense reconocía su responsabilidad moral en la injusticia, se gestionó de manera deficiente (Takezawa, 1995). Aproximadamente veintiséis mil recibieron una indemnización con un valor de 36.874.240 dólares. Sin embargo, el proceso para realizar las reclamaciones era largo y complejo, en el que las víctimas debían presentar pruebas documentales que habían perdido en el caos del súbito encarcelamiento. Finalmente, el proceso de pago finalizó en 1965 (Takezawa, 1995).

Durante la década de 1960, el auge de los movimientos étnicos y de derechos civiles motivó a los japoneses americanos —en especial a los estudiantes universitarios sansei que empezaron a interesarse por su identidad étnica (Nagata & Takeshita, 1998)— a investigar sobre la conciencia política y social, destacando la injusticia de sus familiares

(Takezawa, 1995). Esto ocasionó protestas en San Francisco, Seattle y el sur de California con el objetivo de recibir compensaciones (Daniels et al., 1991).

No fue hasta el año 1970 que Edison Uno, activista de la organización *Japanese American Citizens League* (JACL), introdujo la propuesta de reclamación en la convención de la organización celebrada en Chicago. Pedía que el gobierno se hiciera cargo de «uno de los peores errores de la Segunda Guerra Mundial» (Daniels et al., 1991).

Motivado por esta propuesta, Henry Miyatake empezó a investigar sobre la posibilidad legal de compensación económica y comparar su situación con otros casos parecidos en el país (como el *Milligan case).* Finalmente, fundó el *Seattle Evacuation Redress Committe* dentro de la JACL de Seattle en 1973 (Takezawa, 1995). Los miembros del comité crearon el plan inicial de recompensación en 1974: el «Seattle Plan». Proponían un pago individual a través de un fondo fiduciario a todas las personas de cualquier etnia que fueron evacuadas o internadas en la Segunda Guerra Mundial (Takezawa, 1995). Sin embargo, el *Redress Movement* seguía siendo controversial y poco apoyado por los líderes de las organizaciones de japoneses americanos o políticos (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

> A demand for monetary compensation would not only cheapen the sacrifice Japanese Americans had made in response to their government's wartime mandate, but well might provoke such a widespread public backlash that the educational objective would be negated (…), other urgent JACL programs would suffer (Hosokawa, 1982, citado en Takezawa, 1995: 46-47).

A pesar de esto, el comité de Seattle consiguió que el presidente Ford firmara, el 19 de febrero de 1976, el «American Promise», que prometía la derogación de la *Executive Order 9066* que seguía vigente 34 años después (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

6.3. Consolidación del Redress Movement

El *redress movement* empezó a verse como una prioridad a partir de la convención nacional de la JACL celebrada en Salt Lake City (Utah) en 1978. Clifford Uyeda, sucesor de Edison Uno, propuso un pago de 25.000 dólares por persona, la creación de una *Japanese American Foundation* y la donación de 100 millones de dólares a las organizaciones japonesas americanas. Esta iniciativa fue controversial e incluso criticada. El senador californiano Hayakawa definió esta demanda como «absurda», e incluso

afirmando que la encarcelación fue una experiencia positiva para la comunidad (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

Uyeda y la JACL aprovecharon este escándalo mediático para promocionar el movimiento y educar al público americano sobre la injusticia. Uyeda escribió treinta y cinco artículos para promocionar la campaña (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

Durante dos años el JACL y otras organizaciones se reunieron para llegar a un acuerdo sobre cómo se llevaría a cabo la reclamación. Hubo innumerables desacuerdos: parte de los miembros consideraba mejor opción la compensación económica, mientras que la otra consideraba que la mejor salida sería crear una comisión federal que estudiara el caso en profundidad. Finalmente, la JACL apoyó la segunda iniciativa argumentando que sería la mejor forma de educar y convencer al público americano y a los miembros del senado de la injusticia antes de impulsar una legislación (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

El *Redress Movement* se encontraba en una situación caótica en la que reinaba la disconformidad. Acusaban a la JACL de falta de liderazgo político y la comunidad japonesa rechazaba sus propuestas argumentando que nunca podrían conciliar los horrores que vivieron y que no era buena idea «abrir las heridas del pasado» (Daniels et al., 1991; CWRIC,1997).

Finalmente, el 31 de julio de 1980 se creó la *Commission on Wartime Relocation and Internment of Civilians* (CWRIC). En julio de 1981 comenzaron las audiencias públicas nacionales, siendo la primera en Washington D. C. Estas audiencias marcaron un momento significativo para la comunidad japonesa americana, pues se les daba, por primera vez, la oportunidad de compartir su experiencia tanto con el público estadounidense como con su propia comunidad. Tras escuchar a más de setecientos cincuenta testigos y víctimas, la comisión publicó el informe *Personal Justice Denied* en febrero de 1983. Oficialmente, el gobierno admitía que no había ninguna causa justificable que llevara a la detención de los japoneses americanos y la violación de sus derechos como ciudadanos, y que la detención fue resultado del racismo y envidia económica (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995). En su informe, la comisión también añadió cinco recomendaciones para el gobierno: 1) Compensación de 20.000 dólares a cada víctima; 2) Una disculpa oficial del Congreso; 3) Revisión de condenas; 4) Creación

de fundaciones educativas y humanitarias; 5) Desarrollo de programas educativos para preservar la memoria histórica (CWRIC, 1997).

6.4. Days of Remembrance

Mientras el *Redress Movement* avanzaba en el ámbito legislativo, el *Seattle Evacuation Redress Committe* organizó un evento de concienciación llamado «Day of Remembrance» en el que la comunidad recreaba la experiencia de detención e, incluso, peregrinaba hasta los campos. El primer evento tuvo lugar en Seattle, el 25 de noviembre de 1978, y reunió a más de dos mil personas en Puyallup Fairgrounds (Washington).
Se prepararon un panfleto que comenzaba con «To all persons of Japanese ancestry and friends…» haciendo referencia a la noticia de evacuación de 1942; un póster con una réplica de la noticia de evacuación; y un logo que hacía referencia a la unión entre la primera, la segunda y la tercera generación de japoneses americanos rodeada por alambre de púas. Además, los participantes dieron discursos y compartieron por primera vez su experiencia en público (Takezawa, 1995).

El evento tuvo tanto éxito que fue promocionado en la televisión y fue repetido en otras ciudades del país como en Portland, San Francisco o Los Ángeles el 19 de febrero de 1979. Por este motivo, a partir de ese año, se proclamó ese día como el «Day of Remembrance» (Takezawa, 1995).

6.5. Casos Coram Nobis

Un mes antes de la publicación del informe *Personal Justice Denied,* Fred Korematsu solicitó una petición *Coram Nobis* (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995). Este procedimiento legal extraordinario del derecho consuetudinario estadounidense permite al demandado apelar sobre su sentencia tras la aparición o descubrimiento de pruebas que no se presentaron en el juicio que puedan cambiar el veredicto (Cornell Law School, s.f.).

A Korematsu se le unieron Gordon Hirabayashi y Minoru Yasui, que fueron condenados en 1942 y 1943 por desafiar las órdenes de internamiento y el toque de queda (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995). En 1981 se descubrieron documentos e informes que el gobierno de 1943 había escondido que refutaban la justificación del gobierno de necesidad militar para la exclusión; como también documentos en los que los abogados

del gobierno reconocieron la falsedad de las afirmaciones del general DeWitt de que los japoneses americanos eran un peligro para el país. Con estas pruebas se pudo concluir que el Gobierno había manipulado los procesos judiciales y violado los derechos constitucionales de la comunidad (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995; CWRIC, 1997).

Este proceso coincidió con el *Redress Movement* y fue un gran impulso en la concienciación del público estadounidense sobre la injusticia y el mismo movimiento (Daniels et al., 1991).

Korematsu consiguió la anulación de su sentencia en 1983; Hirabayashi, en 1987; y Yasui murió en noviembre de 1986 sin haber podido escuchar su sentencia; sin embargo, la Corte Suprema la anuló tras su muerte. Estos procesos quedaron marcados tanto en la historia de Estados Unidos como en la de los japoneses americanos (Daniels et al., 1991).

6.6. Civil Liberties Act of 1988

Tras la publicación del informe *Personal Justice Denied,* los casos *Coram Nobis* y el éxito de los *Days of Remembrance,* el público estadounidense empezó a reconocer y a concienciarse sobre la injusticia. El Congreso empezó a reunirse a mediados de la década de 1980 para elaborar una ley basada en las recomendaciones del CWRIC (Takezawa, 1995).

A pesar de que el Congreso aprobó el informe del CWRIC por unanimidad, los congresistas estaban en desacuerdo en cómo llevar a cabo la ley, en especial en el ámbito económico. El congresista republicano Daniel Lundgren consideraba que una disculpa del gobierno sería suficiente y añadió: «It is inappropriate that present-day taxpayers should be held accountable for actions that occurred 40 years ago» (Daniels et al., 1991: 219).

Tras varias pruebas de ley sin éxito, finalmente, la ley H.R. 442 —referenciando al 442.º Regimiento de infantería, formado por *niseis* durante la Segunda Guerra Mundial—, también llamada *Civil Liberties Act of 1988,* fue aprobada por el presidente Reagan el 10 de agosto de 1988. La ley ofrecía una disculpa oficial, pagos de 20.000 dólares a cada superviviente y la creación de un fondo educativo para educar y preservar la memoria histórica (Daniels et al., 1991; Takezawa, 1995).

Sin embargo, las protestas contra la negligencia política estadounidense comenzaron un año después de la aprobación de la ley. Canadá aprobó la ley *Japanese Canadian Redress Agreement* en septiembre de 1988, que acordaba un pago de 21.000 dólares a cada superviviente y que empezaron a efectuarse en el mismo año. Por otro lado, el gobierno estadounidense no comenzó a emitir los pagos hasta 1990, finalizando en 1993. Para ese momento, muchos de los supervivientes ya habían fallecido sin recibir una indemnización, lo que trajo un sentimiento de desconsuelo a muchos *nisei* (Nagata & Takeshita, 1998). Además, se limitaron los pagos: solo los supervivientes tenían derecho a acceder a la compensación, salvo los herederos de aquellos supervivientes fallecidos antes de la promulgación de la ley (Daniels et al., 1991).

6.7. Impacto psicológico del Redress Movement

El *Redress Movement* marcó la historia tanto de los Estados Unidos como de los japoneses americanos. Los traumas históricos y étnicos apenas son reconocidos o indemnizados a nivel gubernamental (Nagata et al., 2019). El movimiento y la compensación económica son fundamentales por su carácter simbólico, ya que representan la aceptación de los errores pasados y la esperanza de evitar futuras injusticias (Nagata & Takeshita, 1998).

Parte de los japoneses americanos vieron esta experiencia como una oportunidad de cerrar una etapa y sanar aquellos traumas que les acechaban durante décadas. Mientras que otros no compartieron estos sentimientos de alivio, ya que consideraban que la indemnización nunca corregiría el pasado. Sin embargo, los estudios afirman que la resiliencia evoluciona a través de las etapas vitales (Nagata & Takeshita, 1998). Los *nisei* más mayores, los japoneses americanos con menos ingresos y los que se asocian principalmente con otros japoneses americanos, afirmaron experimentar más beneficios de la compensación (Nagata et al., 2019).

El movimiento también les dio una oportunidad a los sansei a investigar y reflexionar sobre su identidad étnica y su papel en la historia de Estados Unidos y a dar voz y buscar compensación por la injusticia que vivieron sus familiares. El movimiento y los eventos derivados como el *Day of Remembrance* o las peregrinaciones se convirtieron en lugares seguros en los que las tres generaciones podían compartir sus experiencias y conectar entre ellas (Nagata et al., 2019).

El éxito del *Redress Movement* fue primordial para la sanación de los japoneses americanos al reconocer la injusticia como una consecuencia de las malas decisiones del gobierno y, de esta forma, desprenderse de la culpa interiorizada (Nagata et al., 2019).

6.8. Identidad étnica y aculturación

La experiencia y la conexión con Japón y Estados Unidos de cada una de las generaciones fue influenciada por los contextos históricos que vivieron y que influyeron en sus identidades étnicas.

Los *issei* llegaron a Estados Unidos durante la Era Meiji, época en la que se ensalzó la cultura y los valores tradicionales japoneses. Cuando emigraron, debido a las políticas antimigratorias, fueron obligados a vivir en barrios segregados donde solo podían relacionarse con otros japoneses, lo que agravó su sentimiento nacional (Arai, 2012; Takezawa, 1995). Los locales blancos fomentaban la rivalidad entre los japoneses y otras minorías étnicas, en especial la comunidad china (Daniels, 2011; Takezawa, 1995). Debido a esto y a la falta de fluidez en inglés, nunca fueron capaces de conectar con el país. Según Fujita y O'Brien (1991), una de las razones por las que la comunidad nipona no pasó por un proceso de aculturación, en contraposición a otras comunidades inmigrantes europeas, fue porque uno de los elementos fundamentales de la cultura japonesa es su orientación grupal que busca el beneficio de la comunidad antes que el individual. A pesar de adoptar características estadounidenses (p. ej., cristianismo), mantenían los valores y un sistema de organización social japoneses. Este sistema comprendía a toda la comunidad étnica como parte de una misma familia[4] (Fujita & O'Brien, 1991; Oguri-Kendis, 1979, citado en Arai, 2012).

Por otra parte, los *nisei* crecieron entre dos culturas: la estadounidense que aprendían en la escuela y la japonesa que aprendían en casa y en la comunidad. Según los estudios, el desarrollo de la identidad étnica se forma en el ambiente familiar y en las

[4] En su obra *Japanese Society* (1970), la antropóloga japonesa Nakane Chie habla sobre los conceptos japoneses 内 (*uchi,* «dentro») y 外 (*soto,* «fuera»), que explican la organización de la sociedad japonesa. Al ser una sociedad colectivista, el grupo al que se pertenece influencia la identidad del individuo. Utiliza *uchi* para referirse al grupo al que pertenece el individuo (p. ej. empresa, escuela, etc.); y el término *soto* para referirse a lo externo al grupo al que pertenece. En este sentido, el *uchi* funcionaría como la extensión del *Ie* («hogar»); es decir, a pesar de que no hay consanguinidad, pertenecen a su círculo cercano o «familia extensa». En el contexto de los japoneses americanos, el *uchi* se utiliza para referirse a toda la comunidad nipona, ya que comparten el mismo contexto; y el *soto* sería la comunidad blanca estadounidense.

interacciones con otras comunidades étnicas (Ishikawa, 2013). La importancia que los padres daban a las raíces japonesas hacía que apuntaran a sus hijos a extraescolares donde aprendían el idioma y la cultura japonesa y donde creaban una comunidad con otros japoneses. Los barrios segregados en los que seguían viviendo dificultaban la conexión con otras minorías étnicas. Además, debido a su poca fluidez en inglés, la comunicación entre los padres e hijos era primordialmente en japonés (Takezawa, 1995).

A pesar de que muchos *nisei* nunca han visitado Japón, sienten una conexión emocional con el país, mas no con los japoneses nacionales. Sus circunstancias racistas provocaron que asociaran su identidad japonesa como algo negativo. Por ello, invisibilizaban su identidad japonesa y adoptaban una más estadounidense para ser aceptados por la población local (Nagata et al., 2019; Takezawa, 1995). Es decir, las situaciones externas impidieron que pudieran desarrollar al completo su identidad étnica. Sue y Sue (1999), citado en Arai (2012), los inmigrantes que han experimentado eventos vitales traumáticos son más propensos a la aculturación en relación con la sociedad dominante.

Para la tercera generación, la transmisión de la cultura japonesa fue más limitada. Debido a que ya no residían en barrios étnicamente japoneses, sino que se relacionaban con la población blanca y otras minorías étnicas, no desarrollaron una comunidad cercana con otros japoneses americanos como los *nisei.* Los *sansei* no se sentían tan cercanos ni a Japón ni a su cultura japonesa. Desarrollaron un dilema identitario: «(…) I remember at one point in my development I understood that Japan was not my home. I also understood that, paradoxically, this country is my home and yet it's not my home. (…) feeling orphan, without a place.» (Takezawa, 1995: 264).

Debido a la desconexión con su historia familiar, los *sansei* tendían a identificarse más como asiáticos americanos que como japoneses americanos, a diferencia de la segunda generación. Este concepto tomó conciencia política durante los movimientos asiáticos de la década de 1960 cuando los *sansei* se identificaban con la opresión de las otras minorías. Los *sansei* afirman que los dos conceptos son intercambiables: «(…) the difference between family and community. (…) Socially, I see myself more in terms of the global sense of being Asian. In more of a personal sense, I think of myself as being very Japanese» (Takezawa, 1995:290).

Mientras que para los *sansei* el *Redress Movement* significó conectar con su identidad étnica familiar, para los *nisei* significó un detonante emocional. No fue hasta la promulgación de la ley *Civil Liberties Act of 1988* y el reconocimiento de la injusticia por parte del gobierno, que pudieron sentirse orgullosos de su identidad y volver a sentirse ciudadanos americanos. Debido a que los *sansei* no vivieron el internamiento, nunca sintieron que su ciudadanía estadounidense peligraba. Gracias a los esfuerzos de sus padres, la tercera generación creció en un contexto en el que los japoneses americanos ya eran percibidos como una «minoría modélica» (Takezawa, 1995).

Los *sansei* se consideran a sí mismos más estadounidenses que japoneses, lo que provoca un proceso de aculturación más profundo. Son más propensos a no continuar las celebraciones tradicionales japonesas, a mantener relaciones de amistad e íntimas interculturales o a no vivir en comunidad (Arai, 2012). A pesar de que con cada generación las costumbres japonesas se han visto interrumpidas, los valores persisten (Ishikawa, 2013). Los estudios afirman que los *sansei* mantienen un alto nivel de participación e identificación psicológica con la comunidad étnica, en contraposición a otras comunidades (Arai, 2012; Fugita & O'Brien, 1991).

7. Conclusión

El internamiento de japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial supuso uno de los eventos más violentos psicológicamente en el que se transgredieron los derechos civiles y humanos de toda una minoría étnica en Estados Unidos. Las leyes segregacionistas estuvieron presentes en el país desde antes de la llegada de la comunidad nipona a finales del siglo XIX; sin embargo, el grupo étnico acabó viéndose envuelto en la culminación de estas políticas: la *Executive Order 9066* y los campos de internamiento. Debido a los prejuicios ocasionados por el estereotipo del «peligro amarillo», la desinformación y el miedo tras el bombardeo de Pearl Harbor, la comunidad fue denigrada y aislada por su ascendencia étnica. La justificación de «necesidad militar» del gobierno para llevar a cabo estas sentencias fue refutada cuarenta años después por la *Commission on Wartime Relocation and Internment of Civilians,* afirmando que el internamiento fue el resultado de «prejuicios raciales, histeria bélica y un fracaso político». Debido a la situación militar entre Japón y Estados Unidos durante la Segunda

Guerra Mundial, externa a los japoneses americanos, toda la comunidad fue tratada como una amenaza potencial exclusivamente por su origen étnico.

Durante las cuatro décadas posteriores, los japoneses americanos han sufrido las consecuencias psicológicas y sociales de esta injusta decisión. El encarcelamiento masivo tuvo secuelas vitales que se transmitirían generacionalmente. Los *issei* y los *nisei* no superaron ni olvidaron el trato deshumanizante de los campos, donde perdieron hogares, negocios y recuerdos familiares en cuestión de días. Las malas condiciones sanitarias, la falta de privacidad, las tensiones familiares y el cuestionario de lealtad agravaron el estrés psicológico. Vivieron durante décadas con el miedo de que el gobierno les fuera a arrebatar de nuevo sus derechos civiles, desarrollando una inseguridad institucional. El silencio de lo que vivieron los acompañó, convirtiéndose en un mecanismo de supervivencia y dominando su vida familiar. Muchas víctimas de los campos no pudieron retomar su vida anterior o, incluso, la modificaron al completo para que su cultura no destacara. Los *sansei* sufrieron las consecuencias psicológicas de las generaciones anteriores, creando tanto un distanciamiento familiar como una inseguridad de identidad étnica.

Finalmente, el *Redress Movement* supuso un punto de inflexión para la historia de los japoneses americanos. Este movimiento impulsó a los japoneses americanos a hablar sobre su experiencia por primera vez; de esta forma se creó una conexión tanto de la comunidad como intergeneracional. La *Civil Liberties Act of 1988* supuso el reconocimiento público de los errores cometidos en el pasado. Tanto la disculpa oficial del gobierno como la compensación económica representaron un avance simbólico hacia un futuro sin injusticias raciales. A pesar de que la indemnización nunca podrá reparar los daños psicológicos, sociales y vitales, el movimiento ayudó a visibilizar las experiencias y a reducir los sentimientos de vergüenza y culpa de las víctimas que los persiguieron durante décadas, así como a conectar a la comunidad.

A través de los ámbitos histórico, psicológico y legislativo, el caso de los campos de internamiento de japoneses americanos demuestra cómo el miedo, el racismo y una mala dirección política pueden conducir a la transgresión masiva de los derechos democráticos de una comunidad.

A pesar de que este episodio marcó de forma notoria la historia de toda una nación y dio lugar a la aprobación de leyes destinadas a impedir que la vulneración de los

derechos civiles volviera a repetirse, situaciones de discriminación y exclusión racial continúan ocurriendo en la actualidad. Por esta razón, la memoria histórica es primordial para comprender el pasado, reflexionar y evitar la repetición de estas injusticias políticas y sociales. Las investigaciones académicas y los relatos de las propias víctimas, así como el trabajo exhaustivo de organizaciones japonesas americanas como *Densho* o la *Japanese American Citizens League*, han permitido que la memoria del internamiento de los japoneses americanos permanezca presente y genere impacto en la actualidad. Mediante la recopilación de testimonios orales, documentación histórica y la celebración de actividades educativas y culturales, han visibilizado la experiencia de las víctimas y han conseguido concienciar sobre el racismo y sus consecuencias.

La historia de los japoneses americanos es un testimonio de resiliencia, reconstrucción y lucha por la justicia y el reconocimiento de sus derechos.

8. Bibliografía

Arai, S. G. (2012). *Intergenerational experience of Japanese American internment: The grandchildren of the camps.* Routledge.

Burton, J. F., Kashima, T., Roosevelt, E., Beckwith, R. J., & Cohen, I. J. (2002). *Confinement and Ethnicity: An Overview of World War II Japanese American Relocation Sites.* University of Washington Press. https://doi.org/10.1515/9780295801513

Cornell Law School (s. f.). *Writ of Coram nobis.* Legal Information Institute (Wex). https://www.law.cornell.edu/wex/writ_of_coram_nobis

Commission on Wartime Relocation and Internment of Civilians. (1997). *Personal Justice Denied: Report of the Commission on Wartime Relocation and Internment of Civilians.* University of Washington Press.

Daniels, R. (1988). *Asian America: Chinese and Japanese in the United States Since 1850.* University of Washington Press.

Daniels, R., Taylor, S. C., & Kitano, H. H. L. (Eds.). (1991). *Japanese American: From relocation to redress.* University of Washington Press

Densho Encyclopedia. (s. f.). *Civil Liberties Act of 1988.* https://shorturl.at/PRSxA

Fujita, S. S., & O'Brien, D. J. (1991). *Japanese American ethnicity: The persistence of community.* University of Washington Press.

Gelatt, M. C., Julia Gelatt Muzaffar Chishti and Julia. (2024, mayo 13). *A Century Later, Restrictive 1924 U.S. Immigration Law Has Reverberations in Immigration Debate.* Migrationpolicy.Org. https://www.migrationpolicy.org/article/1924-us-immigration-act-history

Ishikawa, M. E. (2013). *Nisei, Sansei, and Yonsei: Acculturation, ethnic identity, and subjective well-being among three generations of Japanese Americans.* Washington State University.

Kekki, S. (2022). *Japanese Americans at Heart Mountain: networks, power, and everyday life.* University of Oklahoma Press. https://doi.org/10.38118/9780806190808

Leonard, K. A. (1990). "Is That What We Fought for?" Japanese Americans and Racism in California, The Impact of World War II. *The Western Historical Quarterly*, 21(4), 463–482. https://doi.org/10.2307/969251

Nagata, D. K. (1998). Intergenerational effects of the Japanese American internment. En Y. Danieli (Ed.), *International handbook of multigenerational legacies of trauma* (pp. 125-139). Plenum Press.

Nagata, D. K., Kim, J. H. J., & Nguyen, T. U. (2015). Processing cultural trauma: Intergenerational effects of the Japanese American incarceration. *Journal of Social* Issues, 71 (2), 356-370. https://doi.org/10.1111/josi.12115

Nagata, D. K., Kim, J. H. J., & Wu, K. (2019). The Japanese American wartime incarceration: Examining the scope of racial trauma. *American Psychologist*, 74(1), 36-48. https://doi.org/10.1037/amp0000303

Nagata, D. K., Takeshita, Y. (1998). Coping and resilience across generations: Japanese Americans and the World War II internment. *Journal of Asian American Studies*, 1(2), 131-156.

Pérez Mena, F. (2012). El movimiento activista asiático americano en la década de los 60: Huelgas en la Universidad de San Francisco. *Asiadémica: revista universitaria de estudios sobre Asia Oriental* (1), 58-65.

Renteln, A. D. (1995). A psychohistorical analysis of the Japanese American internment. *Human Rights Quarterly*, 17(4), 618-648.

Takezawa, Y. I. (1995). *Breaking the silence: Ethnicity and the quest for redress among Japanese Americans*. Cornell University Press.

Zo, K. Y. (1971). *Chinese emigration into the United States, 1850-1880*. Columbia University.